

Sebastián y el último día de 1995

Autor: **Logan**

Hubo una época en mi vida, cuando los chiquillos crecían, que visitamos muchos lugares atractivos de nuestra geografía. Posiblemente estuvimos en todas las provincias de Costa Rica.

Pero nuestro sitio favorito siempre fue Manuel Antonio, pues aunque vivíamos en la ciudad de San Isidro de El General, nuestros viajes más frecuentes han sido a Quepos, donde aún están mi padre, mis hermanos y sus familias.

En el año 1995, a finales, ya habían nacido mis tres hijos, los dos varones, que son los mayores, y mi hija, que tenía menos de dos meses.

Como lo acostumbrábamos, pasamos navidad en compañía de la familia de mi esposa, y luego, por ahí del 26 de diciembre, salimos hacia Quepos.

Y por supuesto, también visitamos el Parque Nacional de Manuel Antonio.

Teníamos en ese momento un viejo Toyota Land Cruiser diésel, de los más comunes. Con muy pocas extras pero sumamente confiable.

Ese día en la playa nos acompañó una de mis primas que había llegado de paseo a Quepos.

Y en esa misma noche regresamos a casa.

Nuestro carro era de esos que no tenían alfombras de fábrica, sino que había que comprar las de hule y colocarlas sobre el piso que era totalmente metálico.

Quien haya tenido un carro de esos conoce sus virtudes y la ausencia, casi total, de las extras que hoy nos parecen indispensables.

Lo que sucedió después es el objeto de esta anécdota.

El día siguiente, cuando nos disponíamos a lavar el carro, en algún momento escuchamos un ruido leve, como de algo que rozaba el metal del carro, y después de buscar descubrimos a un pequeño cangrejo ermitaño que, evidentemente, no había subido por sus propios medios a nuestro carro.

Luego descubrimos que mi prima lo trajo de la playa y lo dejó allí.

Tan inesperado fue aquel hecho, como también resultó muy atractivo para mis hijos, quienes estaban dispuestos a adoptar a la inusual mascota.

Lo primero que se debía hacer era ponerle un nombre, y nada más apropiado que Sebastián, igual que su famoso primo de una película animada de la época.

Lo cierto es que después de deliberar en familia tomamos una decisión: hay que devolver a Sebastián con su propia familia.

En este momento no puedo recordar que fue lo que le dimos de comer en esos días, pero el molusco lucía sano y vivaz; y se daba sus caminatas por la casa, eso sí, controladas por mis hijos para evitar que se diera a la fuga.

Así llegamos al 31 de diciembre de 1995, el día que de nuevo viajamos a Quepos para visitar a nuestra familia, pero también con una misión muy particular, la de llevar a nuestro ya amigo entrañable Sebastián, a su hábitat, a su familia en la tercera playa de Manuel Antonio, que es donde habíamos estado días antes.

Una vez en Quepos, mi esposa y mi pequeña hija se quedaron en casa de mis padres, y mis dos hijos y yo enfrentamos la responsabilidad de devolver la alegría, la paz y la tranquilidad a toda aquella numerosa familia que Sebastián había dejado atrás por varios días y que debían estar muy angustiados con su desaparición.

Al Parque Nacional no se entraba por donde se hace ahora, sino que era cruzando un pequeño canal que daba a la segunda playa.

Y por supuesto que así es como llegamos a dicha playa, no sin antes haber aplicado mi esposa una gruesa capa de bloqueador a los chiquillos; que en cuidado de hijos nadie la supera.

Hay imágenes, hechos, episodios, en nuestras vidas, que nos marcan y quedan en nuestra memoria de manera permanente, inmutables, casi eternos.

Eso es lo que recuerdo de aquella tarde, cuando mis hijos caminaban por la playa, llevando a Sebastián en un recipiente vacío de helados, con una alegría en sus rostros que me es difícil describir.

Conversaban entre ellos animadamente, pero yo no escuchaba sus voces, simplemente los miraba y lo que veía era la imagen misma de la felicidad, como si todas las cosas buenas del universo se hubieran conjuntado y estuvieran presentes allí, en esa playa de arenas blancas y limpias, en los rostros y las almas de aquellos dos niños perfectos.

Era un día mágico, el aire parecía más transparente que nunca, la brisa apenas animaba pequeñas danzas en las hojas de los árboles, inclinados, que intentaban tocar la arena.

Aquel entonces, y de eso estoy convencido, fue uno de esos momentos que deberían ser eternos.

Fuimos felices ese día.

Sin embargo, la tercera playa llegó, y allí, una vez en el sitio exacto donde habíamos estado en nuestro anterior viaje, inexorablemente, iba a acabar nuestra misión.

Los tres estuvimos serios un rato, mientras veíamos a Sebastián aún dentro de su improvisado transporte, y posiblemente todos pensamos que esa sería la última vez que lo veríamos, pues francamente era la suya una familia muy numerosa, donde parecía que todos eran mellizos, o trillizos, o “centillizos”, no había manera de distinguirlos.

Un rato después, finalmente, bajo la sombra de los almendros, mis hijos sacaron a Sebastián de la cajita de helados, y lo colocaron sobre la suave arena.

Nuestro cangrejo ermitaño no salió corriendo de una vez, sino que se quedó un rato inmóvil, posiblemente reconociendo el sitio, pero yo también creo que era la manera de despedirse de su familia adoptiva y de darnos las gracias por llevarlo de vuelta con la suya.

Poco después, empezó a caminar y, como temíamos, ya en medio de sus primos y hermanos era muy difícil reconocerlo.

Hoy, han pasado ya más de 20 años desde aquella tarde, la última del 95, en que nos despedimos de Sebastián.

Y a menudo recuerdo ese día como uno de los más felices de mi vida, cuando hicimos algo bueno, apropiado.

También me atrevo a decir que mis hijos aprendieron sobre la vida, sobre la responsabilidad que los seres humanos tenemos con nuestro entorno, con la vida natural, ¡con la vida!

Porque, más que panfletos y discursos en alguna aula de algún colegio o alguna universidad, lo que necesitamos es tomar acción; y aquel día ellos aprendieron haciendo, viviendo, experimentando, y valorando que la vida es importante y debe ser preservada.

Volvíamos a Quepos y, me atrevo a afirmarlo, todos veníamos con la convicción de haber realizado algo bueno; fue una tarea que nos impusimos días atrás y ahora teníamos la satisfacción de haberla cumplido.

Más aún, debo agregar que aquel día entendí, o recordé, que las familias y el amor que nos une, es lo que da sentido verdadero a nuestro breve paso por este planeta, y agradezco a Dios por la familia que me ha dado.

De Sebastián, no volvimos a saber, pero no sería de extrañar que aún en estos días, en la comunidad de cangrejos ermitaños de la tercera playa de Manuel Antonio, se sigan contando sus hazañas, pues probablemente se convirtió en una celebridad, ya que nunca antes uno de ellos viajó tan lejos, por varios días, y regresó para referir esas vivencias.

Espero que durante el resto de su vida haya sido tan feliz en su familia como lo he sido yo en la mía.

¿Ha sido así, pequeño Sebastián?

Nota: Los nombres de las playas que se han mencionado, son aquellos con los cuales comúnmente eran conocidas las playas de Manuel Antonio en mi época de Colegio; y no necesariamente coinciden con los nombres oficiales.